

Educación y desarrollo
La democratización del conocimiento como estrategia

Rodrigo Arocenaⁱ

1. La tensión fundamental de nuestra época

A la vista está: las pautas prevalecientes de producción y consumo están deteriorando aceleradamente el medio ambiente y han causado ya perniciosos cambios climáticos, que pueden desembocar en una catástrofe. Propiciar la expansión de los tipos predominantes de crecimiento económico asegura que le dejaremos a las generaciones venideras un mundo bastante peor que el que nos ha tocado para vivir.

Pero apostar simplemente a disminuir la producción sería no sólo escasamente viable sino también altamente injusto. Gran parte de la población mundial pretende, con sobrada razón, comer mejor, tener viviendas más dignas, disponer de transporte más eficiente así como de servicios de salud y educación de mayor nivel, contar con seguridad material para su familia, acceder a formas de vida culturalmente ricas y variadas. Cuando casi todos ven que ya algunos disponen de una alta calidad de vida en todos los aspectos mencionados, parece indecente y torpe pretender que muchos se resignen a una vida de privaciones para ellos y para sus hijos.

La tensión entre producción y sustentabilidad se ha convertido en la encrucijada mayor de nuestro tiempo. Si las tendencias hoy dominantes siguen siéndolo, los historiadores del futuro escribirán que durante las primeras décadas del siglo XXI la Humanidad, provista de increíbles dispositivos comunicacionales y en numerosos casos de comodidades que hubieran puesto amarillos de envidia a los emperadores del pasado, avanzó decididamente por el camino del deterioro de la calidad material y espiritual de vida.

2. ¿Crecimiento económico o desarrollo humano sustentable?

En regímenes políticos muy diversos, la suerte de los gobiernos depende considerablemente de la marcha del PBI. Los señores Trump, Xi Jinping y varios otros le prestan especial atención. Hace tiempo que se sabe que ése es un defectuoso indicador: actividades beneficiosas y actividades perjudiciales pueden contribuir al incremento del PBI. Este crece si se pagan más sueldos en educación y salud o en actividades militares y contaminantes. Pero la atención que se le presta no es el resultado de nuestra estupidez congénita, sino el reflejo de serias dificultades. La más evidente es una neta asimetría: cuando el PBI crece, las mejoras suelen ser desparejas e incluso ir acompañadas por desmejoras para no poca gente; pero cuando el PBI decrece, los perjuicios son generalizados. Nadie habrá olvidado qué pasó en el Uruguay la última vez que el PBI cayó.

Aunque deberíamos haber aprendido que crecimiento no es lo mismo que desarrollo – cosa que se empezó a afirmar con particular vigor en América Latina ya en la década de 1950 – no ha resultado sencillo construir una noción de desarrollo que sea a la vez éticamente sólida, por ende merecedora de legitimidad democrática, y propositivamente fecunda, vale decir, una guía para la acción. Lo mejor que conozco al respecto es la noción de *desarrollo humano sustentable*, que combina la concepción de Amartya Sen con el énfasis en lo ambiental que devino bien conocido a partir del Informe Brundtland de 1987.

Dicha noción puede resumirse diciendo que el desarrollo se define normativamente como la expansión de las capacidades individuales y colectivas para vivir vidas valiosas, de formas tales que las posibilidades de vivir así no sean menores sino mayores para las generaciones futuras, lo que implica considerar a la gente no como pacientes sino como agentes.

La definición anterior parece atractiva. Pero también puede parecer sólo un extracto de las buenas intenciones que impregnan tanto escritos sobre el desarrollo. La cuestión es si inspira políticas y acciones colectivas con perspectivas de mejorar la calidad de vida material y espiritual, en particular afrontando la tensión entre producción y sustentabilidad. A ello se hace brevemente referencia en el numeral siguiente.

3. Poder, conocimiento y democratización

Promover el desarrollo sin tener en cuenta la distribución del poder y sus fuentes linda con la ingenuidad. El poder de una persona o grupo alude a las posibilidades para obtener sus propósitos mediante el control del entorno natural y social. Requiere, por un lado, capacidad material de intervención en la naturaleza y, por otro, capacidad de coordinar el accionar de diversas personas. Son pues grandes fuentes de poder las tecnologías – productivas, destructivas, comunicacionales, etc. – así como las relaciones económicas, militares, políticas e ideológicas, y particularmente las interacciones entre tecnologías y relaciones sociales. Las redes sociales más organizadas y dotadas de tecnologías más potentes acumulan poder sobre la naturaleza y sobre otros grupos humanos. Dentro de esas redes el poder se distribuye en beneficio de quienes ocupan las posiciones de dirección y control. El patriarcado recuerda que no toda forma relevante de poder está contenida en este esquema sumario. Pero (las interacciones entre) tecnología y organización son fuentes fundamentales del poder social.

En nuestra época el conocimiento científico y tecnológico de punta se ha convertido en el gran motor del cambio técnico. Es clave mayor del poder en lo económico y militar, también en lo político e incluso en lo ideológico. Ha multiplicado las posibilidades de producir, comunicar, curar y matar. Generó la amenaza de un holocausto nuclear con la que convivimos desde 1945. La desigualdad basada en el conocimiento caracteriza al mundo de hoy. La economía de algunos pocos países está basada en el conocimiento y es motorizada por la innovación; esos son los “países centrales” de este mundo globalizado; los demás somos países más o menos periféricos. Ciertas personas y sectores sociales pueden acceder a formas avanzadas de la educación y a tipos de ocupación que les permiten seguir aprendiendo siempre; las mayorías no tienen oportunidades semejantes. Esas divisorias se traducen en diferencias de poder y muestran tendencias a ampliarse, porque el conocimiento es un recurso que – a diferencia por ejemplo de las materias primas – cuanto más se usa, más se tiene, mientras que lo contrario sucede si se le usa poco. Para captarlo basta pensar en lo que sucede con dos personas, inicialmente con la misma capacitación, cuando trabajan durante diez años, una en un empleo rutinario y otra en una actividad que permite y requiere a la vez resolver nuevos problemas y aprender permanentemente.

En el mundo de hoy, la generación y el uso del conocimiento avanzado están moldeados principalmente por relaciones económicas y políticas que privilegian las ganancias de las grandes empresas, y por relaciones ideológicas que fomentan el consumismo. Así, en plena expansión de la producción y aún de la abundancia, la sustentabilidad ambiental decrece y la desigualdad social tiende a crecer, aún en los casos no demasiado frecuentes a escala planetaria en los que se impulsan activas políticas de inclusión.

Frente a tamaños desafíos, ¿qué guías para la acción nos ofrece la noción de desarrollo humano sustentable? Aquí mencionaremos sólo una. Poder vivir vidas valiosas pasa por expandir las capacidades y libertades de la gente vista no como pacientes sino como agentes. Requiere pues expandir el acceso al conocimiento y cuestionar su control por minorías, para reorientar su generación y uso no en beneficio de algunos sino de todos, aprovechando el potencial que surge de generalizar la educación avanzada y de multiplicar las capacidades de investigación e innovación para producir más y sobre todo mejores bienes y servicios, priorizando las necesidades de los más postergados, con una utilización mucho más frugal y sustentable de los recursos naturales. Eso se llama democratizar el conocimiento. Algunas de sus facetas serán ejemplificadas en el numeral siguiente. Subrayemos desde ya que el corazón de tal estrategia para el desarrollo radica en la vinculación entre actores populares y conocimiento avanzado, para lo cual los desniveles de poder existentes sólo pueden ser compensados por el vigor ideológico y la iniciativa política de las mayorías ciudadanas.

4. Cuatro claves para la transformación de la educación nacional

Uruguay ha progresado objetivamente no poco durante los últimos 15 años. Pero la agenda transformadora ha venido perdiendo dinamismo. Y, más allá de varios esfuerzos significativos, no ha incluido un proyecto de conjunto para la educación y el conocimiento. Aquí se plantean cuatro claves interconectadas para paliar tal carencia. Si resultan de interés, pueden respaldarse con abundantes ejemplos y traducirse en propuestas específicas.

(i) Universalizar una educación media que forme tanto para el trabajo digno como para seguir aprendiendo a nivel avanzado

Uruguay no puede progresar realmente si no universaliza su educación media. Sólo lo logrará si ofrece una perspectiva que entusiasme al estudiantado y a sus familias. Para ello, aprovechando experiencias significativas y combinando esfuerzos diversos, es imprescindible y también viable organizar ofertas educativas que garanticen a quienes concluyen la educación media una formación que los capacite tanto para trabajar digna y fecundamente como para seguir estudiando con éxito a nivel terciario. Todas las personas, independientemente de su edad, deben tener oportunidades para completar esa formación, mediante modalidades vinculadas a su experiencia, según el principio de que se aprende a partir de lo que se sabe.

La meta fundamental de universalizar tal educación media debe orientar la formación docente, la renovación pedagógica, los cambios curriculares, las creaciones institucionales, la asignación de recursos.

(ii) Generalizar la educación terciaria de carácter permanente

La universalización de la educación media en el sentido antedicho permitirá acelerar la expansión en curso de la enseñanza terciaria. No hay manera de mejorar sistemáticamente la calidad de vida de todos si no se generaliza la formación avanzada, combinada con el trabajo a lo largo de toda la vida activa. Esta es condición necesaria para el desarrollo humano sustentable. Hay que aprender a enseñar a la vez en las aulas y fuera de las aulas, en todo ámbito donde se hace bien una tarea socialmente valiosa. Para ello hay que jerarquizar los programas de educación permanente y de formación profesional, vinculándolos y orientándolos a la multiplicación del acceso a la enseñanza terciaria.

La educación terciaria tiene nivel superior cuando se conecta con la generación y uso socialmente valioso de cultura y conocimiento científico y tecnológico. En ese marco se puede aprender a seguir aprendiendo siempre, a criticar y a proponer, a resolver problemas.

(iii) Expandir la descentralización educativa a todo el país en combinación con el desarrollo regional

La generalización de la educación terciaria requiere pensar al país en su conjunto, para superar la desigualdad social y geográfica en el acceso al conocimiento y a sus beneficios. Hay que coordinar las ofertas educativas de manera que no haya lugar sin posibilidades de aprender a ese nivel. Tales ofertas tienen que tener en cuenta tanto los problemas como las posibilidades de cada región, para contribuir a su desarrollo, combinando mejora de la producción de bienes y servicios con protección ambiental. Por consiguiente la descentralización y regionalización de la enseñanza terciaria debe avanzar planificadamente junto con la creación de capacidades científicas y tecnológicas en todo el territorio nacional así como con la generación de oportunidades de trabajo.

Uruguay puede ser, todo él, un país solidario de trabajo y aprendizaje.

(iv) Priorizar la investigación y la innovación orientadas a la inclusión social y la transformación productiva con sustentabilidad ambiental

Para expandir y mejorar la educación así como para avanzar hacia el desarrollo humano sustentable, Uruguay necesita investigación nacional de nivel internacional con vocación social. Ya la tiene en muchas ramas del conocimiento y en ámbitos geográficos que no se limitan a Montevideo. La investigación con las características señaladas es factor insustituible de la innovación, entendida en sentido amplio como introducción de lo nuevo en las prácticas sociales. La innovación puede generar grandes beneficios pero también perjuicios: hay que orientarla a elevar la calidad de vida de todos. El país aprovecha poco las capacidades de investigar e innovar de sus jóvenes con gran formación: el sector público debe crear nuevas oportunidades trabajo para ellos, lo que – como la experiencia lo muestra – beneficiará a los organismos estatales y al país todo. Cambios sociales y nuevos conocimientos han de combinarse para que sea posible producir más y sobre todo mejor de maneras menos contaminantes. Si se camina en esa dirección, habrá cada vez más respaldo social y político a la ciencia y la tecnología, que florecerán y contribuirán cada vez más al progreso nacional.

La debilidad de los sectores progresistas en lo que tiene que ver con educación y conocimiento, a escala mundial, favorece a las élites del poder y erosiona la sustentabilidad ambiental a la vez que limita grandemente las capacidades populares para disminuir la injusticia, la pobreza y la desigualdad. Urge afrontar tamaña cuestión.

Educación superior para todos, vinculación estrecha de los mundos de la enseñanza y el trabajo, ciencia y tecnología para una vida mejor con prioridad a los más postergados: eso es la democratización del conocimiento. En tal terreno se juega no poco del desarrollo futuro del país.

ⁱ Ante el dilema de presentar sin más un texto inevitablemente esquemático y hacerme propaganda, opto por lo segundo: lo dicho aquí se elabora con bastante detalle en mi libro “Conocimiento y poder en el desarrollo. Hacia estrategias democratizadoras” (Universidad de la República, 2018)